

RETRATO DE UNA NUEVA CLASE SOCIAL

Guapos y pobres te propone una visita por una ciudad moderna, cosmopolita y multirracial para descubrir algo que quizás todavía no sabías. No es el típico paseo que podríamos hacer en el bus turístico ni a través de un reportaje en las páginas del suplemento dominical de algún periódico. El autor, para realizarlo, incluso ha tenido que “inventar” un nuevo género literario, a medio camino entre el relato corto y la entrevista. Lo que ha descubierto, lo que te propone que descubras, no podía explicarse del modo al que estamos acostumbrados. Este libro no es un ensayo sociológico, no es un tratado de economía, ni tan siquiera es un libro de autoayuda ni una novela de ficción.

¿Cómo podía explicar el autor que su vecina más guapa, la que se parece tanto a Amelie, vive al límite de la pobreza? ¿Cómo se puede entender que ese pintor que la semana anterior salió en todos los periódicos no llegue a fin de mes?

Guapos y pobres es un atípico retrato de la vida de algunas personas que forman parte de una nueva

clase social: tienen estudios, experiencia, trabajo y talento, pero son pobres.

Eso sí, aparentemente son felices. Y es que el nuevo pobre ha encontrado un equilibrio entre su espíritu y su bolsillo. Aunque no pueda permitirse ir al dentista, siempre puede estar al día gracias a internet y a la prensa gratuita. Aunque no pueda comer en el restaurante de Ferran Adrià, sabe perfectamente dónde se encuentra.

Según el diccionario de la Real Academia, “pobre” significa “necesitado, que no tiene lo necesario para vivir”. Por tanto, pobre también es aquel que trabaja diez horas al día y no tiene dinero suficiente para vivir solo, legalizar su negocio o irse de vacaciones.

Son otro tipo de pobres, por supuesto. No son el vagabundo que duerme en la calle ni el niño cadavérico que aparece en la televisión. No son somalíes, no son indios ni iraníes, pero son pobres. De hecho, no tienen ni tan siquiera que vivir en los suburbios de una ciudad, pueden vivir en el segundo primera de tu edificio y siguen siendo pobres. Si acaso, el niño cadavérico y el vagabundo viven en la miseria.

¿Somos pobres?

Quizás la pregunta nos suene extraña porque nunca nos la hemos formulado, pero es que la definición del diccionario no nos da demasiadas pistas. ¿Tenemos lo que necesitamos para vivir? Por supuesto, no podemos responder a esta pregunta sin tener en cuenta el contexto en el que la hacemos. Hace cien

años, nadie necesitaba un coche para vivir, principalmente porque no existían, pero hoy en día el automóvil constituye para mucha gente un medio indispensable de transporte para acudir a su trabajo. ¿Qué gastamos como media mensual en gasolina, seguro, zona azul, reparaciones y las multas de turno? No nos engañemos, hoy en día tener un automóvil es un lujo. Y eso es lo que está sucediendo actualmente, que ciertas necesidades se están convirtiendo en lujos.

Aunque siempre se puede ir en tren.

Y de eso trata exactamente este libro: de ir en tren, de compartir piso, de no poder ir al dentista, de no poder desayunar fuera de casa ni comprar el diario más que los fines de semana, de todos los sacrificios que tenemos que hacer para sobrevivir hoy en día, que no son pocos. En España, uno de los diez países más desarrollados del planeta, un país capitalista que vive en democracia y sin terremotos, nos enfrentamos a un fenómeno que se produce por primera vez en la historia. Desde hace unos años, y eso es *vox populi*, la práctica congelación de los salarios, el espectacular aumento del precio de la vivienda y el aumento de precios que ha traído consigo el euro, ha provocado una disminución general del poder adquisitivo. En una encuesta reciente se afirmaba que el 56% de las familias españolas no llegaban a fin de mes. Obviamente, este panorama es especialmente grave en la ciudad con el metro cuadrado más caro del país: Barcelona.

Sin embargo, las noticias que nos da el gobierno respecto a nuestra economía son cada vez más optimistas y casi nadie se queja de nada. ¿Qué sucede? ¿Acaso hemos olvidado que somos uno de los países más pobres de la Unión Europea? ¿Por qué no reaccionamos?

Aparentemente hay varios motivos. Primero, y esto puede explicarnos eso de que España va bien, porque hay muchos ricos. Cada vez más. Sin ir más lejos, en Barcelona hay un montón; viven en Sarrià, La Bonanova, Pedralbes, Tres Torres, en el Paseo de Gracia y en las laderas del Tibidabo. Un paseo en helicóptero sobre la ciudad resulta tremendamente revelador al respecto: hay muchas más piscinas privadas de las que imaginábamos. Si continuamos este paseo por los alrededores de la Ciudad Condal descubriremos que Sant Cugat está plagado de ellas y que en La Floresta y Molins de Rei hay piscinas impresionantes. De hecho, a vista de pájaro divisaremos una gran cantidad en Badalona, donde nunca imaginamos que hubiera tanto dinero.

Sí, la gente rica existe y cada día aumenta, pero hay otro motivo que explica este fenómeno; los que vivimos al límite de la pobreza no tenemos conciencia de ser pobres. Es más, nuestra situación, paradójicamente, nos hace sentir libres y felices. Al menos, eso es lo creemos porque hemos conquistado algo muy importante: la libertad de escoger entre ganar dinero o trabajar. Es decir, que somos pobres porque trabajamos

en lo que nos gusta, y esto no es un contrasentido, de verdad. Hasta hace muy poco tiempo, tener una vocación, estudiar una carrera, ser eficiente o tener experiencia, eran los requisitos básicos para ganarse la vida decentemente en cualquier profesión: como abogado, médico, ingeniero, diseñador, secretaria o tornero. ¡Pero ahora ya no es así! De repente, el mundo de la pequeña y mediana empresa, la patronal e incluso las multinacionales, sólo nos ofrecen contratos basura y sueldos muy por debajo de las necesidades de cualquier persona. Y aquí estamos, educados y preparados, con talento y dispuestos a ganarnos la vida y ser libres. Libres de aceptar un sueldo bajísimo por tener el privilegio de trabajar en aquello que nos gusta. Libres de aceptar cobrar un sueldo miserable por trabajar en algo que no nos interesa lo más mínimo pero que nos permite pensar que somos libres. ¿Y por qué aceptamos cobrar tan poco? Primero, porque no nos ofrecen más y, en segundo lugar, porque somos o nos sentimos jóvenes. Y los jóvenes, todos lo sabemos, aún tenemos la vida por delante. Vamos, que todavía podemos depender de nuestros padres, de nuestra pareja, o de buscarnos la vida de cualquier modo alternativo sin tener que avergonzarnos de ello. Y esto, en el fondo, no está tan mal, porque aceptándolo sabemos que no nos estamos aburguesando de mala manera antes de tiempo, ni que hemos caído en la trampa de que el dinero da la felicidad. Y aquí está la paradoja: no somos conscientes de nuestra pobreza

porque viviendo en su límite nos sentimos jóvenes y esto, para muchos de nosotros, es el paradigma de la felicidad. Jóvenes y guapos, guapos y jóvenes. ¿Y quién no quiere ser joven hoy en día?

Barcelona está de moda: acabamos de vivir el año del diseño, inauguraremos el Fórum de las Culturas y desde las Olimpiadas cada año batimos récords de turistas y de inmigrantes. Algo tendremos.

Como nos define el ayuntamiento de esta ciudad, somos la mejor tienda del mundo, una tienda que mezcla sin complejos los bares cutres y los *showrooms* de sillas caras, la misma que coloca un restaurante indio muy *fashion* junto a una huevería.

Sí, somos una gran tienda, sobre todo para los extranjeros. Son los norteamericanos con sueldos de norteamericanos los que pueden ir a cenar a los restaurantes de moda. Y los japoneses, y los holandeses... ¡hasta los italianos! Pero nosotros, los GP, los guapos y pobres, ya no podemos.

Los norteamericanos flipan con nuestro casco antiguo, los mexicanos con nuestras mujeres y los ingleses con nuestra comida, con el sol y también con nuestras mujeres. Los brasileños que se han quedado a vivir aquí alucinan con lo mal que bailamos y los argentinos continúan alucinando con ellos mismos. No sé con qué fliparán los chinos, paquistaníes, indios, marroquíes, argelinos, dominicanos y búlgaros que viven aquí. Aunque son mis vecinos, no sé lo que piensan.

Si todos pudiéramos cenar en los restaurantes de moda no pasaría nada, pero como eso no es así, lo de la tienda más grande del mundo suena más a patética verdad que a otra cosa. Yo, sin embargo, preferiría que definieran mi ciudad como la ciudad de las personas, como un lugar donde la gente vive feliz porque es fácil vivir en ella, como una comunidad de personas amables y con talento donde ese talento se cuidara y potenciara. Preferiría que se nos definiera como un espacio de libertad y autorealización. Pero no, ese posicionamiento lo reservan para los anuncios de coches.

Son todas estas circunstancias las que me han impulsado en este libro a adentrarme en la vida económica, profesional, social y familiar de diez barceloneses, de aquí y de fuera, todos ellos con estudios, trabajo y una actitud emprendedora. En su mayoría, ellos han sido vitalmente proactivos, bien sea dejando su país, montando negocios propios, comprando casas o teniendo hijos. Ellos sintonizan con nuestro tiempo, buscan su independencia, defienden sus libertades e ideales y persiguen un éxito relativo: justo lo que les dijeron que tenían que hacer. Reduciendo hasta el absurdo, ellos son gente guapa: diseñadoras gráficas, cocineros, camareras, estudiantes, pintores, ejecutivas de cuentas y periodistas. Y todo este jaleo para averiguar si estas personas tienen lo que necesitan para vivir. Aunque ya os adelanto que parece ser que no.

Parece ser, además, que el desánimo se está apoderando de estas personas. La progresiva pérdida de su poder adquisitivo les hace albergar pocas esperanzas de futuro, al menos eso es lo que ellos me han confesado. Ellos que fueron educados para ser guapos han recibido como herencia un mundo de pobres. Ellos que crecieron rodeados de confort hoy no pueden comprarse una vivienda, a pesar de que sus padres les pagaron una carrera universitaria para que su vida fuera mucho más fácil.

Es esta gran clase media que tiene entre 20 y 45 años la que hoy en día tiene que adaptarse a las circunstancias adoptando estrategias alternativas. Si no tienen dinero para ir en coche o en tren siempre pueden ir en bicicleta, que es divertido, moderno y ecológico. Por fortuna siempre podemos estar a la última.

Sin embargo, estas alternativas son tramposas. Porque nos van situando poco a poco en el límite de la pobreza ya que, poco a poco, nos quedan menos alternativas. Lo cual no quiere decir que seamos menos felices, en parte porque nadie nos obliga a renunciar a nuestra forma de vida. No obstante, parece ser que para lograrlo todo el mundo tiene un as escondido en la manga: quien no recibe ayuda económica de sus padres vive a remolque de la VISA, quien no emite facturas falsas tiene la luz pinchada y, en general, todo el mundo es cómplice del aumento de los puntos de venta de cd y dvd piratas. Digo yo que será por algo.

Ésas son nuestras estrategias: comprar cd's piratas, ir en bicicleta, vivir lejos de nuestro lugar de trabajo y aventurarnos en profesiones liberales desde la más absoluta precariedad. ¡Y encima quieren que tengamos hijos! ¡Pero si hasta separarte de tu pareja supone un descalabro económico!

Sabíamos que había hambre en el mundo y que la gente anciana sobrevivía con pensiones ridículas. Lo que no sabíamos es que la pobreza no sólo habita en Somalia sino también en ciudades tan guapas y con tan bajo índice de natalidad como Barcelona. Eso sí, cada vez estamos más preparados, cuidamos más nuestro pelo y nuestro cuerpo, hablamos más idiomas y hasta cultivamos nuestro espíritu y, ante todo, controlamos lo que comemos, lo que decimos y lo que fumamos.

Resumiendo, que ya somos guapos, o como dice el diccionario, "bien parecidos". Pero sólo es eso, apariencia. Porque somos guapos pero ya no podemos vivir donde nacimos ni como crecimos. El mundo para el que fuimos educados nos cierra sus puertas y dentro de poco quizás tendremos que marcharnos. La internacionalización de una ciudad como Barcelona ha potenciado la especulación y el crecimiento de la urbe ha traído más inmigración, más ricos y más pobres. Como en París, Londres y Nueva York. Como en las ciudades más bellas del planeta.

Ya se sabe, con la mezcla de razas la gente es más guapa.

Alberto y Elena son una pareja joven, de veintiocho años, con carrera universitaria, independiente y emprendedora. Tras trabajar durante cinco años en diferentes agencias de publicidad, ella como ejecutiva de cuentas y él como creativo, decidieron abandonar sus respectivos puestos de trabajo para dedicarse a proyectos más personales.

«No me compensaba –comenta Elena–, trabajaba como ejecutiva de cuentas multimedia... Mi horario laboral era de nueve a siete pero siempre salía a las ocho, y unas cinco veces al mes me tocaba quedarme hasta las doce de la noche. Tenía una gran responsabilidad y cada día tenía que batallar con clientes como La Caixa, Nestlé y Panasonic, clientes descontentos con el servicio que prestaba nuestra empresa ya que ésta se encontraba en plena reestructuración y era un auténtico caos. En el último año que estuve allí despidieron a unas treinta personas. Varios compañeros cogieron la baja por depresión y, como echaban a tanta gente, yo cada vez tenía más trabajo y recibía más broncas de los clientes. Incluso llegué a pedir que me echaran alegando que estaba amargada y que otros compañeros necesitaban más ese puesto de trabajo. Pero no lo hicieron, porque los clientes estaban encantados conmigo. El más maleducado de todos acabó por tratarme con cierto respeto y aquello sor-

prendió tremendamente a mi jefe. Pero yo tenía que aguantar el mal humor de ese y otros clientes cada día por 1.080 euros al mes. Realmente no me compensaba... Recuerdo el día que llegué al límite. Después de comer un bocadillo en la terraza de un bar en Gracia, me sentí incapaz de volver al trabajo. Era tanta la angustia que sentía que llamé a la oficina para decir que no podía ir a trabajar y que esa misma tarde iba a visitar un psicólogo. En esa misma llamada, una compañera de administración me comunicó que finalmente me despedían. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí tranquila.»

Aunque parezca tranquila, Elena se muerde las uñas a menudo, utilizando su frondosa melena negra para esconderse. Sus enormes ojos oscuros recuerdan un dibujo japonés y a través de ellos transmite vitalidad, bondad y cierto despiste. Sus amigos más cercanos la llaman Elena de Calcuta porque siempre ayuda a todo el mundo, y aunque reconoce ser un desastre con el dinero, «es Alberto quien lleva los números», siempre está atenta a lo que sucede a su alrededor, especialmente cuando sale de su casa y los árabes del barrio la repasan de arriba abajo mientras musitan palabras ininteligibles. Es entonces cuando esta chica femenina y delicada que creció en Sant Cugat cuando todavía no era Sant Cugat, se pone alerta y se transforma puntualmente en una auténtica fiera. «¡No me mires como a una puta!», le gritó al último individuo que la intimidó (el mismo que tres días antes le roba-

ba el bolso a una anciana frente a casa de Elena).

Sin embargo, vivir en una calle conflictiva no le quita el sueño a Elena. A ella le encanta dormir y a menudo le resulta extremadamente difícil despegarse de las sábanas.

«Es lo mejor que tiene trabajar a tu aire. Puedes levantarte a la hora que quieras aunque luego te quedes trabajando hasta las dos de la mañana.»

Ahora, tanto ella como su pareja trabajan por cuenta propia. Elena se dedica a diseñar ropa y Alberto a escribir novelas juveniles. Él trabajaba como creativo publicitario y también lo dejó, y confiesa que durante tres años estuvo ahorrando dinero para poder dejar el trabajo. Tenía claro que no quería ser creativo toda su vida.

«Al principio mi trabajo me gustaba pero acabó por parecerme ridículo. Empecé a desilusionarme cuando vi lo mucho que trabajaba, que no tenía vida propia y que cobraba muy poco. Luego vi cómo las agencias inflaban los presupuestos de sus clientes y cómo las productoras hacían lo propio con las agencias. Vi cómo se derrochaba el dinero en decorados, en comidas y en vuelos *first class*. Vi lo tontos que eran la mayoría de los modelos, mucho más que ellas, y también vi lo que cobraban en un día: diez veces más que lo que yo cobraba en un mes, yo que había pensado el anuncio y que luego me tenía que chupar la postproducción, casi siempre de noche y con prisas. Y todo para anunciar la última VISA de mi

propio banco, que me cobra comisiones hasta por respirar.»

Alberto se altera cuando habla de estos temas y su habitual timidez se transforma en un monólogo rápido y poco vocalizado, a fin de cuentas él es un tímido que lo disimula haciéndose ver. Caótico pero ordenado, nervioso y de apariencia tranquila, así este chico con pinta de Manu Chao y pelo ondulado que viste con el pijama que le regaló su suegra para navidad pero puesto al revés y los Levi's de pana que le regaló su madre hace tres años. Sin embargo, pese al desparpajo eterno en el que parece estar inmerso Alberto, él planifica cada uno de sus movimientos. Como dice Elena, a veces parece que esconda algo. De hecho, en un momento de la entrevista Alberto me explica que ahorró bastante dinero para poder dejar el trabajo, pero luego confiesa que en su último trabajo cobraba 1.050 euros al mes y que el sueldo no le daba para demasiado. Cuando le pregunto sobre esta pequeña contradicción, él se explica sin tapujos.

«Yo pude ahorrar dinero porque trabajé en el extranjero. En México, donde estuve un año, cobraba el triple que aquí y la vida era mucho más barata, y después estuve tres años trabajando como *free lance* para una empresa londinense. Ellos pagaban por un trabajo cuatro o cinco veces más de lo que se paga en Barcelona. Gracias a esos dos trabajos pude ahorrar unos 30.000 euros, pero nunca pude ahorrar cuando trabajaba aquí. Exceptuando, claro está, los 6 meses

que viví con mis padres después de volver.»

Este dinero ahorrado es importante porque no sólo le permitió a Alberto dejar el trabajo sino que, además, les permitió a él y a Elena plantearse en serio la idea de comprar una vivienda. En aquella época compartían un piso de alquiler en Gracia con un amigo íntimo, pero el chico les anunció que se marchaba y ellos decidieron buscar un piso de compra.

«Cada vez pagábamos un alquiler mayor y no queríamos compartir vivienda de nuevo –explica Elena–, ya lo habíamos hecho durante años, por separado y en común. Además, aunque el piso era grande no estaba en buen estado, la inmobiliaria nos prometía mejoras que nunca llegaban y, por si fuera poco, la mayoría de los vecinos eran bastante ariscos. El barrio nos gustaba pero había que cambiar de lugar. Era demasiado caro.»

Así que comenzaron a buscar por Pueblo Nuevo, convencidos de que, al estar alejados del centro de la ciudad y al ser una zona parcialmente deshabitada, los precios de la vivienda serían más asequibles. Dado su incierto futuro laboral no querían tener la carga de una hipoteca excesivamente alta, máximo unos 600 euros al mes, y eso equivalía a comprar una vivienda de unos 28 millones de pesetas. ¿Saben lo que eso significa en la ciudad con el metro cuadrado más caro de España? Pues, de buenas a primeras, 28 millones significa algo así como “un cuchitril infecto lejos de todo”. Pero, en cualquier caso, como la joven pareja